

BOLETIN DE ARTE

Núm. 20

1999



UNIVERSIDAD DE MALAGA

DEPARTAMENTO DE HISTORIA DEL ARTE

ARTÍCULOS

UNA TIPOLOGÍA URBANA: LA CALLE DE CABALLEROS EN ESPAÑA, por Antonio Bonet Correa.....	9
TEATROS DE NATURALEZA: ESCENARIOS PARA LOS DIOSES. ARTIFICIOS Y OTROS INGENIOS EN LOS JARDINES ESPAÑOLES DEL RENACIMIENTO AL BARROCO, por Carmen González Román	31
UNA LECTURA SIMBÓLICA DEL <i>PLATERESCO</i> SEGÚN EL PSICOANÁLISIS DE LA PERCEPCIÓN DE EHRENZWEIG, por César García Álvarez	51
EL MUNDO AL REVÉS. LECTURAS ICONOGRÁFICAS SOBRE UN GRABADO DE ANTON WIERIX CONTRA EL DOMINIO DE FELIPE, por Vicente Pla Vivas	67
SÍMBOLOS Y HERÁLDICA EN LOS EXPEDIENTES DE ÓRDENES MILITARES EN MURCIA DURANTE EL SIGLO XVI, por Francisco José García Pérez y Juan Hernández Franco	87
ESCULTORES Y PINTORES DEL CÍRCULO ANTEQUERANO DEL SIGLO XVI. APORTACIONES DOCUMENTALES, por José Escalante Jiménez	107
EL VENERABLE FERNANDO CONTRERAS, UN SANTO PARA LA CATEDRAL DE SEVILLA, por Fernando Quiles García	141
DIVERSIDAD PROFESIONAL EN LA CREACIÓN DEL RETABLO. EL CÁDIZ BARROCO, por Lorenzo Alonso de la Sierra Fernández	155
FIESTA Y CEREMONIAL DE LAS CORTES DE GÉNOVA Y MADRID. LLEGADA Y CELEBRACIÓN DEL MATRIMONIO DE LA NUEVA PRINCESA DE ASTURIAS M ^a LUISA DE PARMA EN 1765, por Laura García Sánchez	167
LA REAL ACADEMIA DE SAN CARLOS: NEOCOLONIA ARTÍSTICA, por Tania García Lescaille	181

UNA TIPOLOGÍA URBANA: LA CALLE DE CABALLEROS EN ESPAÑA

Antonio Bonet Correa

En este artículo se analiza la calle, y se hace un recorrido por las llamadas "calles de Cabaleros", estudiando su origen y desarrollo hasta hoy, estableciendo comparaciones entre ellas y también con sus homónimas en el mundo germánico.

LA CALLE COMO DEFINICIÓN.

Para un estudioso de la historia de la ciudad la calle es sin duda alguna uno de los temas más atractivos. Ciertamente, cualquiera que sea su género, una calle, tanto en su forma como en su contenido social e histórico, entraña siempre un sentido que sobrepasa su mera descripción fenoménica. Sin el conocimiento profundo de su identidad y sus cualidades, resulta inútil todo análisis urbano. Una ciudad, metafísicamente hablando, no puede concebirse sin calles y menos aún sin los que moran en ella, la frecuentan cotidianamente o la transitan al azar de las circunstancias. Carente de una red viaria una población no puede calificarse de ciudad. Más bien sería una aldea o un caserío. Aunque existen agrupamientos pre-urbanos que en un principio fueron construidos en torno a un único espacio central, en su origen las ciudades nacieron al asentarse los edificios a lo largo de un camino o en el cruce de dos vías de unión entre diferentes lugares de un territorio. De acuerdo con la categoría urbana de sus calles se mide el grado de una ciudad. Una población importante es un conjunto articulado de vías, anchas o estrechas, largas o cortas, principales o secundarias que sirven para comunicar los distintos barrios de su ámbito habitado y conducen fuera de su perímetro, en el pasado delimitado por el recinto fortificado de sus murallas y hoy en día por los imprecisos márgenes de los suburbios. La estructura de una ciudad está compuesta por su red vial, cuyo tejido, más o menos denso y tupido, facilita la circulación del cotidiano y constante tráfico de vehículos y personas, que de forma lenta o rápida, intermitente o fluida recorre la ciudad. Pero la calle no se compone solamente del trazado viario a ras de suelo. De un lado y otro del arroyo se levantan los edificios que la flanquean. La arquitectura es para la ciudad tan importante como la malla circulatoria de sus calles. Los edificios, públicos unos y privados otros, nobles o utilitarios, macizos y altos, conforman la calle, le proporcionan una faz y la dotan de un semblante. Con su alineamiento, dimensiones y altura lo mismo que la ordenación de las fachadas, la riqueza de sus materiales, su textura y color, las arquitecturas de una calle son decisivas para la

sensación que produce su conjunto. De igual manera que también lo son los intervalos no construidos, que a manera de silencios, crean un ritmo en el cual se alternan los macizos de los edificios con los solares no construidos, los huecos de los callejones, los pasajes y las travesías o las calles adyacentes. También el arbolado de las aceras y de los jardines, el mobiliario urbano como las farolas, los anuncios y las enseñas comerciales o los distintos detalles que reclaman la atención del viandante. Una calle, además de una arteria y vía de comunicación, es un lugar arquitectónico que comprende desde su forma de pavimentación hasta el vuelo de las cornisas y los remates de sus edificios. La totalidad de sus construcciones con su magnificencia o insignificancia, su solidez o precariedad nos muestra el rango, la forma de vivir y la condición de sus habitantes.

ANÁLISIS URBANO DE LA CALLE.

Elemento primordial y fundamental de la ciudad, la calle no puede ser entendida si antes no se reflexiona acerca de su origen y ulterior desarrollo histórico. En el urbanismo hay que tener siempre presente, además de la dimensión espacial, la dimensión temporal. En toda calle todavía perdura la senda primigenia. De igual manera que el camino primitivo más tarde se transformó en calzada romana y luego en carretera hasta llegar a las actuales autopistas, la vía urbana con arroyo de las primeras poblaciones, tras ser empedrada y adoquinada, se transformó en las asfaltadas avenidas de nuestras actuales ciudades. A su cambio de niveles y ancho hay que añadir las obras subterráneas, al introducirse las modernas infraestructuras. También es de subrayar la transformación de sus edificaciones que de la choza y casa rudimentaria pasaron al bloque de inmuebles y rascacielos futurista. Todo estudio de la calle debe hacerse teniendo en cuenta su doble condición de espacio y tiempo conjuntados. Una calle no se mueve del sitio en el que fue asentada. Su eje puede ensancharse y prolongarse, incluso puede perder su función dentro del sistema de la ciudad al ser desplazado por una nueva calle que, paralela o cercana a ella, la substituya como vía principal de circulación. Ahora bien, mientras exista físicamente no dejará de ser la misma calle en tanto que parte de la estructura urbana. Lo verdaderamente cambiante es su arquitectura. Con el paso de los siglos una calle se transforma y puede llegar a ser muy distinta de lo que fue en sus orígenes o en diferentes etapas de su historia. Si nosotros contemplamos una calle tal como la vemos en la actualidad nos puede parecer inmóvil y definitiva, como si fuese un ser consolidado y acabado. Pero sabemos que no es la misma que fue en el pasado y la que será en el futuro. Todo depende de nuestra mirada y reflexión. No es lo mismo el estudio de su realidad durante un período corto que durante un período largo. El cambio y la permanencia en lo urbano son variables según nuestro cómputo del tiempo, y la valoración de las categorías del espacio en la historia.

Una tipología urbana: la calle de Caballeros en España

La calle en tanto que sujeto puede ser estudiada desde diferentes puntos de vista. Según la posición de quien analiza sus distintos aspectos se llega a distintos resultados. Dentro del campo de la investigación científica y humanística hay pocos temas que pueden ofrecer un mayor número de posibilidades. No es igual la visión que tiene de una calle un geógrafo, un sociólogo o un ecólogo como no lo es la de un ingeniero, un arquitecto o un historiador. Ni que decir tiene que todas las anteriores difieren de las de un novelista o un poeta. Ahora bien, en todas ellas, a pesar de sus distintas perspectivas, hay un denominador común, el motivo de la percepción de la calle como elemento esencial de la vida urbana y configuración de la ciudad. Cada cual observa y analiza la calle de acuerdo a sus diferentes coordenadas pero sin olvidar la percepción del fenómeno de su tipología y función, cada una con su jerarquía y su polivalencia más o menos amplia o restringida según su papel y categoría dentro de la articulación general de la ciudad. El destino de cada calle puede ser estudiado, lo mismo que su apariencia puede ser descrita, de acuerdo con los diferentes métodos de aproximación a lo urbano. La variedad y la escasa bibliografía sobre el tema lo demuestra. De por sí elocuente es el abanico de obras que tratan de la calle pues van desde las disertaciones teóricas hasta los estudios concretos y específicos de carácter e interés local. No son lo mismo las consideraciones puramente especulativas sobre la viabilidad urbana de un Ildefonso Cerdá, un Arturo Soria o un Le Corbusier que las monografías que estudien en detalle una calle concreta del Renacimiento y del Barroco o los libros más generales que sintetizan lo que atañe a un tipo determinado de calle dentro de un país como puede ser la Calle Mayor en España o la Main Street en el mundo norteamericano. Por otra parte habría que considerar la descripción y el relato de una calle en las obras literarias como las novelas de Dickens, Balzac, Francis Carco o Sinclair Lewis, los poemas de Baudelaire y Walt Whitman o las películas de cine ya sean realistas o expresionistas.

LA IMAGEN DE LA CALLE.

Para un historiador del Arte la calle puede ser motivo de erudición iconográfica. El estudio de la imagen con que se ha representado, a lo largo de las distintas épocas y latitudes, la calle es un ejercicio muy estimulante a la vez desde el punto de vista estético como desde el de la historia documental de carácter gráfico. Desde la Edad Media hasta la pintura actual, la calle ha servido de fondo y de marco de una escena o ha sido protagonista del cuadro. También ha servido de alegoría y símbolo de un determinado pensamiento político y valoración de lo urbano. Desde los primitivos italianos o flamencos, pasando por los renacentistas, barrocos y románticos hasta llegar a los impresionistas o futuristas, la calle ha desempeñado un papel que pudiéramos calificar de teatral. De las perspectivas urbanas ideales pintadas por Brunelleschi y de las representaciones realistas de las calles de Florencia de

Massaccio, pasando por la reconstrucción de pretendido clasicismo romano de Mantegna, podemos, trasladándonos al terreno de la arquitectura, acceder al espacio escénico del Teatro Olímpico de Vicenza, obra de Palladio. Allí nos introducimos en un área en la cual la ciudad inventada es soberana. Nada más ficticio pero nada más real como aspiración ideal que la ciudad humanista. La calle burguesa de pequeños edificios, de obradores y tiendas de artesanos, de la pintura flamenca o la calle de variadas arquitecturas de los italianos del siglo XV se aristocratiza, se llena de columnas y se presta para ser el marco en el cual se mueven personajes vestidos con túnicas, calzados de coturnos y coronados de laurel. La calle gótica de la pintura septentrional tenía edificios y mansiones de afiligranadas portadas e iglesias con agudas flechas. La calle ideal de Palladio consistía en una sucesión de fachadas de órdenes clásicos y cornisas que rítmicamente conducían la vista al punto de fuga de la perspectiva. La nobleza arquitectónica no podía ser mayor. No es así extraño que la iconografía de la ciudad renacentista italiana desde el siglo XVI en adelante haya influido, siempre que se ha querido dar magnificencia y prestancia a una calle. En el siglo XIX St. James Street en Londres, con sus clubs de arquitectura que imitan o son recuerdos de los palacios florentinos, es el mejor ejemplo de nuestro aserto. De sobra se sabe cómo Rubens, a su regreso de Italia, quiso que la Strada Nuova de Genova sirviese de modelo para los ricos burgueses de Amberes, su ciudad natal. La influencia de los grabados italianos fue muy grande. Sin duda alguna, de todos ellos los que presentan mayor carácter simbólico son los que figuran en el Libro Segundo de Arquitectura, de Sebastiano Serlio Boloñés. Verdaderos emblemas, no pertenecen al arte de construir sino al mundo del teatro. Se trata de los fondos para los distintos géneros dramáticos: la escena satírica, la escena cómica y la escena trágica. Cada uno representa un grado distinto de la arquitectura y de lo urbano. La escena satírica nos muestra un bosque poblado de cabañas o chozas al borde de una senda o camino rural. La escena cómica reproduce una calle de edificios comunes y burgueses con tiendas, miradores, torres y azoteas. La escena trágica consiste en una calle de una ciudad ideal con arquitecturas egregias, escalinatas, un arco de triunfo, un obelisco, una pirámide, estatuas, loggias, acróteras y flameros sobre las cornisas. Una ciudad-collage que no desagradaría a Leon Battista Alberti. Todo un mundo teatral que apunta una segregación social, una zonificación de la ciudad que se divide en partes nobles y plebeyas, que busca la identificación del poder con la calle y la alianza del edificio noble y fuera de lo común, símbolo de la magnificencia de sus habitantes.

LOS NOMBRES DE LAS CALLES.

Uno de los capítulos más interesantes para el historiador del urbanismo es el que trata del nombre de las calles. A través de sus denominaciones se pueden

comprender muchos aspectos de la ciudad pretérita. El estudio de los callejeros y repertorios urbanos es esencial y a veces depara grandes sorpresas. Lástima que hoy en día hayan cambiado muchos nombres de las calles. Felizmente, aparte de los que figuran en viejos planos y en otras fuentes documentales, hay muchas pequeñas ciudades en las cuales todavía permanece el nombre antiguo, sin sufrir transformaciones desde su origen. De todas maneras, para el ojo experto del conocedor de los viejos centros históricos, las calles aún conservan el ambiente que dio lugar a su primitivo apelativo. Tal como observó en el siglo pasado en su libro *México Viejo* el historiador Luis González Obregón, “la historia moral y física de una ciudad está ligada con el nombre de sus calles”. Aunque con el paso del tiempo muchos de los nombres pretéritos se han modificado por la rutina de los ciudadanos y, en su mayoría, han desaparecido víctimas de los acuerdos municipales, no obstante merecen toda la atención del apasionado del urbanismo. La ciudad de la Edad Media y del Antiguo Régimen, anterior a la Revolución Industrial, a través de sus hoy desusados nombres se nos revela por entero, tanto en su estructura como en su funcionamiento. Gracias a ellos ayudados por los monumentos antiguos, podemos reconstruir su animación y dinamismo, figurarnos cual era su tráfico, su desierto espacio y su silencio, la manera de vivir los ciudadanos la vía pública cotidianamente y en los días de fiesta.

Acerca de la nomenclatura de las calles, el primero y casi el único autor que ha abordado su problemática ha sido Ildefonso Cerdá. Para el gran urbanista y teórico de la ciudad, los nombres de las calles pueden reducirse a dos tipos: el genérico, que revela el género o especie de la calle y el propio o individual, que de manera concreta, designa la peculiaridad de cada una de modo particular. Los primeros con significación absoluta, sin referencias de ninguna clase respecto a su situación o los accidentes topográficos, comprenden desde los nombres de reyes, santos, hombres ilustres y personas, hasta las ideas políticas, pasando por los que designan actividades productivas, económicas y comerciales o los que denotan conceptos cronológicos. Enumeradas correlativamente, se podrían dar ejemplos como calle San Fernando, calle Castelar, calle Libertad, Avenida de la Paz, calle Caldereros, calle Odreros y Rúa o calle Nueva. Los segundos, con una significación relativa, son los nombres que aluden a condiciones y accidentes topográficos, situación y dirección en la ciudad, los que se refieren a edificios y lugares específicos e incluso denotan las condiciones o el estado material de la calle. Así enumerados serían aquellos como Costanilla de los Ángeles, Cava Baja, calle del Mar, calle de Alcalá, calle del Mercado, calle Lonja, calle Compañía, calle de la Estación, calle Empedrada, calle del Sol y calle de la Amistad. Muchos más ejemplos podrían darse en esta primordial clasificación de las denominaciones más frecuentes de las calles en las ciudades occidentales.

Una catalogación de calles que, además de una lista exhaustiva de sus nomenclaturas, nos proporcionase una clasificación de las distintas funciones urbanas, supondría un enorme avance en los estudios del urbanismo histórico. En primer lugar, habría que considerar las calles que, como la Calle Mayor, desempeñan un papel

rector dentro de la estructura de la ciudad. Trazadas de puerta a puerta de las murallas, vertebraban la totalidad de la ciudad. En Jaén y su provincia existe un tipo de calle llamada la calle Maestra, que ofrece ciertas concomitancias con las calles mayores castellanas. En las pequeñas ciudades de nueva planta, la calle principal se denomina calle de Enmedio. En otros lugares, la vía pública más concurrida y comerciante ostentaba el nombre de Calle Real. Hay también las llamadas calle Ancha que revelan, por su despejada amplitud, su papel principal en la ciudad. Otras tienen nombre topográfico como Cimadevilla, calle Alta o indican una peculiaridad o un hito a veces natural como una pendiente o un árbol, cuesta de San Pedro o calle Olmo. También las que por su nombre -calle del Coso, del Palenque o de la Feria- nos hacen ver un uso temporal y direccional de su ámbito público. Ahora bien, sin duda las más significativas para el historiador son aquellas cuyo nombre indica una actividad y a la vez zonificación de la ciudad. Todas ellas denominan oficios y calidad de un estamento urbano. Así las calles de Bordadores, Doradores, Herreros, Tejedores, Fundidores y otros oficios nos hablan del lugar de los obradores y residencia de los artesanos. De igual manera, la calle de Platerías nos indicaba en donde estaban las tiendas y los talleres de los orfebres y la de Libreros, en donde se encontraban las imprentas y los puestos de venta de libros, en especial en las ciudades universitarias. Como ha observado Jacques Le Goff, respecto a Francia, la agrupación de artesanos, más que espontánea se debía al control que sobre la producción y la comercialización ejercían los gremios que, de esta forma, evitaban las competencias desleales. Aparte de las calles de Francos o Genoveses, que revelaban la pertenencia étnica de burgueses y comerciantes de otras naciones, son de señalar las que tienen que ver con la jerarquía eclesiástica. La de Canónigos y la calle de Abades de las ciudades levíticas nos indican que en ellas habitaban, siempre en la cercanía de la catedral o de la colegiata, los miembros de los cabildos eclesiásticos. En lo civil encontramos las calles de Ballesteros o Escuderos y, de una manera relevante, las llamadas calles de Caballeros, objeto, en este caso, de nuestra curiosidad y máxima atención.

LAS "HERRENSTRASSE" GERMÁNICAS Y LAS CALLES DE CABALLEROS EN ESPAÑA.

La existencia, en varias ciudades españolas, de calles denominadas de Caballeros o simplemente calle Caballeros plantea una interrogante acerca de si este apelativo corresponde a un determinado carácter genérico o si, por el contrario, no es más que el fruto de un simple azar. La coincidencia ofrece gran interés, ya que debemos tener en cuenta que su origen, en el pasado, pertenece a áreas históricas diferentes: el área catalano-aragonesa y el área castellano-andaluza. En ambas se encuentran calles con idéntica denominación, aunque en cada una el nombre está formulado en su propia lengua. El problema de si se trata de sinónimos y no de homónimos se puede someter al contraste respecto a otros países europeos. Dentro

del área germánica, se constata la existencia, tanto en Austria, Alemania y Holanda, de las Herrenstrasse, Herrengasse y Herrengracht, es decir, calles y canales de caballeros o señores, en los cuales se levantaban las mansiones de los notables de la ciudad. Viena, Graz, Munich, Freiburg-im-Breisgau, Bamberg, Rastatt, Rothemburg, Nordlengen, Amsterdam, Leyde y Middelburg nos proporcionan los ejemplos más destacados de la vía urbana noble o señorial medieval y barroca. Su correlato en Italia tiene que ver, en ciertos aspectos, con calles como la Via Tornabuoni, en la cual se concentran los edificios de mayor categoría arquitectónica construidos por las familias de mayor poder en Florencia. Ahora bien, ni en Italia ni en Francia, en donde en este último país la zonificación urbana se producirá a partir del Renacimiento, las calles nobles nunca alcanzarán tal epíteto. El espíritu germánico, que responde a un tipo de sociedad fuertemente jerarquizada de origen feudal, y el fenómeno histórico de la Reconquista en España, que exigió una pronunciada inclinación al mando militar y ejercicio de las armas, fueron factores decisivos para que, en muchas de las ciudades que en su momento fueron fronterizas o ubicadas en lugares estratégicos, hubiese calles en las cuales predominaban los palacios y las casas habitadas por nobles linajes. El fenómeno del acaparamiento del poder municipal, desde la Baja Edad Media hasta el final del Antiguo Régimen, a lo largo de varios siglos hizo que se formase un patriarcado urbano que mostraba su poder por medio de la arquitectura de sus mansiones. Los caballeros, con sus distintos grados de nobleza, tal como veremos, fueron los detentadores, en un principio, de la defensa de la ciudad y después de su gobierno. Clase privilegiada, buscó la forma de habitar la ciudad de acuerdo con su concepto de la dignidad y el decoro urbano, incluso de la magnificencia de su papel dentro de la colectividad. Las calles de Caballeros son, tanto en su nombre como en su realidad física, el espejo de la misión a la que los componentes de la nobleza urbana se sentía obligada.

No cabe duda de que debieron existir, con el nombre de Caballeros, más calles que las que hoy podemos encontrar en el nomenclator de las ciudades españolas. Sin duda se ha perdido la memoria de muchas que lo ostentaron. Sin embargo, gracias a los desvelos y estudios de los eruditos, como Duro Peña en Orense, se ha podido rebautizar la Plaza del Cid con el antiguo nombre de Eironciño dos Cabaleiros, tal como se denominaba en un documento del siglo XVII. Esta plaza, pequeño rincón de casas medievales, tiene todo el encanto de lo vetusto. Situada en el centro urbano, forma parte de la calle hoy Hermanos Villar que, perpendicular a la calle de San Miguel, va hasta la Plaza Mayor, siguiendo la prolongación de la calle de Arcedianos, es decir, los antiguos jueces del cabildo eclesiástico. Cercana a las primitivas murallas que seguían la curva de la calle de San Miguel, la plaza de Caballeros estaba paralela a la Calle de Tiendas que iba desde una de las puertas de la ciudad hasta la catedral. Como su nombre indica, era la calle comerciante, que desempeñaba el papel de calle Mayor, contrariamente al rincón noble de los Caballeros, fuera del tráfigo cotidiano de los mercaderes. El Eironciños dos Cabaleiros suponía una zonificación de la

Antonio Bonet Correa

nobleza orensana guardiana de las murallas. Hasta el presente, en el estado en que se encuentran nuestros conocimientos, esta plaza es la primera históricamente que lleva la denominación de Caballeros. En Galicia existe también una calle que lleva el nombre de Caballeros, en La Coruña. Ahora bien, está situada en las afueras en la salida principal de la ciudad. No cabe duda de que en un principio debió haber allí un lugar de guardia y defensa de la ciudad. Ahora bien, pese a su nombre, no tiene las características de las demás calles de su género.

LAS "RUA DOS CAVALEIROS" EN PORTUGAL.

En Lisboa existe una calle llamada Rua dos Cavaleiros. Dentro del núcleo antiguo de la capital lusa, delimitado por la cerca levantada en 1373 por el rey Don Fernando, esta calle ocupó un lugar importante en la entrada y defensa de la primitiva ciudad, en el flanco noroeste por el lado de tierra. Con su inicio en el Largo do Socorro, en donde estuvo una antigua puerta y hoy se encuentra el moderno Centro Comercial de Mouraria, la rua dos Cavaleiros sube hasta el Largo de Terreirinho que prolongándose en la Rua de Santo André conduce directamente hasta el Castillo de San Jorge, el bastión y punto culminante de la Lisboa medieval. Hasta hace poco el tranvía escalaba la calzada de su rápida pendiente flanqueada de pintorescas y vetustas edificaciones. Al parecer esta Rua dos Cavaleiros es la única en Portugal. Es de señalar que ni en Braga, ciudad episcopal de carácter levítico, ni en Oporto, ciudad burguesa y comercial, tienen calles con esta denominación feudal. La Rua dos Cavaleiros de Lisboa está ligada al papel militar de plaza fuerte que desde sus orígenes siempre tuvo la capital portuguesa, puerto atlántico en la desembocadura del Río Tajo, esencial para el territorio portugués.

LAS CALLES DE CABALLEROS EN CASTILLA Y ANDALUCÍA.

Las calles de Caballeros del área castellano-andaluza son las de Ávila, Zamora, Soria, Cuenca, Ciudad Real, Écija, El Pardo, Jerez de la Frontera y Málaga. En Toledo existe un callejón de Caballeros. Si se analizan y se describen una a una, encontramos en todas rasgos similares. La calle de los Caballeros en Ávila, que va desde la Puerta del Rastro hasta la Plaza del Mercado Chico o de la Constitución, es, sin duda, en donde se encuentra uno de los palacios de mayor porte de la ciudad, la mansión de los Dávila, conjunto medieval compuesto por cuatro grandes edificios.

Esta calle en el corazón de la ciudad llamada Ávila de los Caballeros es todo un símbolo de una ciudad, que como Zamora, durante muchos años fue una plaza fuerte en la frontera con el Islam.

En Castilla la Vieja, la calle de Caballeros en Soria figura en la *Guía de Soria y su provincia*, escrita por Blas Taracena y José Tudela (2ª ed. 1979), en el capítulo

“Calles Nobiliarias”. Es interesante leer la disgresión que, a propósito de su tipo, hacen estos dos autores: *No hubo aquí (en Soria) como en Cáceres o Segovia un barrio señorial, sino más bien calles nobiliarias formadas por palacios y casonas que se agrupaban a lo largo de las murallas por Sur y Oeste, no por todo el cerco fortificado como en Ávila. Estas casas adosadas más o menos directamente a la muralla constituían otro recinto interior de defensa que las familias nobles debían custodiar y proteger en la parte que a cada vivienda correspondía.* A propósito del amparo que proporcionaban estas casas está la calle de la Aduana y la de Caballeros que va desde la Plaza Ramón y Cajal al Castillo, con el palacio barroco de los condes de Fuerteventura, que a su entrada defendía la puerta de Rabanera.

Soria, conocida como la ciudad de los doce Linajes Troncales que rigieron el municipio, tiene un asentamiento de tipo cañada o barranco, cuya célula originaria fue un castillo o fortaleza sobre uno de sus cerros. Con una extensa muralla, capaz de cobijar los dispersos grupos de casas, Soria fue a la vez ciudad de camino, fronteriza entre Aragón y Navarra, lo que determinó, según señala Salvador de Moxó, en su libro *Repoblación y Sociedad en la España Cristiana Medieval* (1979), *la acumulación de caballeros y gentes de armas en su recinto, así como explica la presencia frecuente de reyes en la Alta Edad Media.* De idénticas características fue la ciudad de Cuenca. Conquistada por Alfonso VIII, se constituyó en un centro demográfico apreciable, con sede episcopal y un concejo bien organizado. La ciudad adquirió muy pronto una clara importancia militar, con una milicia concejil activa de nobles linajes. La calle de Caballeros conquense cercana a la muralla en el barrio de San Esteban, en la parte baja de la ciudad, pese a las modificaciones del siglo XIX, todavía conserva la prosapia y el aire prócer.

En Ciudad Real, población de nueva planta fundada por Alfonso X el Sabio, con el fin de crear un área de influencia real dentro del vasto territorio dominado por la Orden de Calatrava, la Calle de Caballeros, ancha y recta, sigue siendo una de las vías principales de la capital manchega. En el siglo XIX, todavía era en donde vivían los propietarios más ricos de una ciudad eminentemente agrícola. A lo largo de ella se encuentran el Museo Provincial de Bellas Artes, el Casino, hoy Conservatorio de Música, el Palacio Episcopal, la Audiencia o Palacio de Justicia, el Colegio de Doncellas y decimonónico Instituto de Enseñanza Media. Situada en el corazón de la ciudad, junto a las calles Reyes, Feria y Toledo, configura el cogollo urbano de la antigua ciudad fundada ex-novo por Alfonso X el Sabio.

Singular por su tardía fecha es la existencia de una calle de Caballeros en El Pardo (Madrid). En el plano topográfico que para la Ordenación del Pueblo del Real Sitio, fechable en 1785, trazó Francisco Sabatini, figura una calle con este noble nombre. Cercana a la calle de Ynfantes y a la de Carboneros, entre dos plazas, se encuentra esta muestra más de la persistencia de una tipología urbana en la época de la Ilustración, bajo el reinado reformista e ilustrado del rey Carlos III.

Con un signo diferente a estas calles hay que considerar, en Toledo, el llamado callejón de Caballeros. Antiguo adarve musulmán, sin salida, figura en el famoso plano de 1600, del Greco. El origen de su nombre se desconoce. Julio Porres, en su importante *Historia de las Calles de Toledo* (1982), nos informa de que “en cuanto a los caballeros en cuestión, no parece fácil averiguar ya quienes fueran. La proximidad y un posible enlace trasero con casas del barrio “non Sancto” se da como explicación popular y pintoresca del apelativo”. Ante nosotros aparece la ciudad tradicional con todos sus claroscuros y contrastes. De un lado la ciudad noble y egregia, de los caballeros, de los ricos hombres y magnates. De otro lado, la ciudad marginal, de los pícaros y de los prostíbulos. De la más alta estima se desciende a los bajos fondos. La comunicación entre ambas ciudades siempre se hacía, durante el Antiguo Régimen, de manera vergonzosa y oculta, a través de una escondida calle oscura y estrecha. La escondida ciudad de lo prohibido y lo secreto no empañaba así la imagen de una nobleza preclara, en principio espejo de todas las más altas virtudes humanas, cuya mejor representación era la calle de Caballeros, en donde residía.

En Andalucía, hay tres ciudades que tienen calle de Caballeros: Écija, Jerez de la Frontera y Málaga. Ciudades de realengo las dos primeras, han sido siempre lugar de concentración de tropas, en especial de caballería. En la tercera, ciudad conquistada a fines del siglo XV, en 1487, el nuevo dominio cristiano supuso la “restauración” del antiguo orden visigodo y caballeresco. No es aquí cuestión de encomiar la bondad de los pastos de las campiñas cordobesa y jerezana y las cualidades de la raza de sus caballos. De sobra son conocidos mundialmente. Tampoco es necesario señalar el papel militar y fronterizo que siempre desempeñaron. En Écija, población a la que Alfonso X concedió un concejo de corte castellano, el repartimiento de la ciudad se hizo dividiendo, por medio de una cruz, la población en cuarteles. En uno de ellos se encuentra la calle de los Caballeros, que por la sucesión ininterrumpida de palacios nobles resulta impresionante. La calle blanca y dorada, con las casas de los Castrillos, los Ponce de León, Bobadillas, marqueses de Alcántara, marqueses de Peñaflor, marqueses de Fuentes y Villaseca y condes de Aguilar, presenta una secuencia poco frecuente. Las portadas, los patios y balcones animan el trazado ligeramente en curva que permite una mejor visión de los palacios, entre los cuales destacan el Valhermoso y el de Peñaflor, este último obra maestra del barroco andaluz.

La calle de Caballeros, en Jerez de la Frontera, figura en el plano de Coello. Ciudad con perfil militar muy definido, en Jerez de la Frontera se encomendó, desde su repoblación, a cuarenta caballeros del feudo la defensa de las puertas de la villa, otorgándoseles repartimientos territoriales suficientes para sostener el caballo y las armas de servicio. Situada extramuros, en la salida hacia Cádiz, que hoy se llama Ángel Mayo, prolongándose por la calle Empedrada, fue una de las que guardaban el flanco más vulnerable de la ciudad.

Una tipología urbana: la calle de Caballeros en España

En Málaga la antigua calle de Caballeros, hoy de San Agustín, conserva el aire recoleto y aristocrático de antaño. Situada en el borde este del casco histórico, al pie de la Alcazaba, forma ángulo con la Calle Real, no lejos de la desaparecida puerta de Granada. A raíz de la reconquista de la ciudad, en 1478, en ella se establecieron, sobre las mansiones y los jardines que habían pertenecido a opulentos musulmanes, las casas nobles del conde de Cabra, del Comendador de León y del Marqués de Cádiz, unas por donación real y otras por adquisición. A fines del siglo XVI al ubicarse en ella el convento de San Agustín, la calle cambió de nombre. Aparte de este importante edificio religioso, son la poderosa masa de la torre y la severa fábrica pétreo, raras en la ciudad, del palacio de los condes de Buenavista, las que imprimen a toda la calle el sello de rancio abolengo urbano. No cabe duda de que la malagueña calle de Caballeros es un magnífico ejemplo de un proceso histórico que se cierra con broche de oro al acabarse la lucha caballeresca de los cristianos contra el infiel.

Con el nombre también de calle de Caballeros e idénticas características hay que señalar en Extremadura la de Valencia de Alcántara, aunque en este caso, como el de la población de Jerez de los Caballeros, más que a los caballeros hidalgos o a los caballeros de cuantía o premia existentes en otras partes, se refiere a los caballeros de las órdenes militares, fuesen ya de Santiago o, tal como es el caso de esta Valencia extremeña, de Alcántara.

CALLES CON NOMBRE ANÁLOGO A LAS DE CABALLEROS.

Dentro del área castellana, es interesante señalar que existen calles que, sin llevar el nombre de Caballeros, desempeñan igual papel en la ciudad. En la villa de Arnedo, hay una calle llamada de Preciados. Situada en el interior del antiguo casco urbano, paralela a la calle Mayor, según los historiadores locales recibió este nombre porque en ella habitaban las gentes más nobles o “preciadas” de la ciudad. Los escudos de sus antiguas casonas son testimonio de tal aserto. La coincidencia de su nombre con el de la conocida calle de Preciados de Madrid podría conducir al error de atribuir tal adjetivo a la de la Villa y Corte. Nada más lejos. La calle de Preciados de Madrid tiene su origen en un sustantivo. Su nombre, como nos informan Peñasco y Carbonero y Pedro de Rápide, en sus clásicos libros sobre las calles de Madrid, proceden del apellido de los dos hermanos Preciado, famosos por haber ejercido antaño con equidad el oficio del almotacenazgo de la Villa. Su fiel escrupulosidad en los pesos y las medidas y su recto comportamiento con los defraudadores de consumos hicieron que su recuerdo se perpetuase, sin duda para servir de ejemplo a la posteridad.

Otros ejemplos de calles nobles son aquellos que sin tener un sinónimo de su aristocracia lo son de hecho. Al estudiar la relación entre las murallas y la ciudad

medieval, Miguel Ángel Ladero Quesada (1985) ha llamado la atención sobre la calle del Rey en Plasencia (Cáceres). Una serie de palacios de los linajes principales de Extremadura, como los Monroy y Almaraz, los Zúñiga, fueron construidos en su ámbito a partir del siglo XIV no lejos de la cerca de la ciudad. De carácter noble son también otros ejemplos más modernos. La calle del Agua, en Villafranca del Bierzo (León) o la de San Pedro de Osuna (Sevilla), ambas distantes geográfica y arquitectónicamente hablando, tienen el denominador común de sus barrocas y blasonadas arquitecturas señoriales. En Barcelona, el Carrer o Calle de Montcada pertenece al mismo tipo y condición de vía pública jalonada desde la Edad Media hasta el final del Antiguo Régimen por grandes mansiones patricias.

EL "CARRER DE CAVALLERS" EN CATALUÑA.

En el área de Cataluña y Valencia, la calle denominada Carrer de Cavallers corresponde a la Calle de Caballeros del área de Castilla y Andalucía. Pese a las diferencias culturales existentes en el pasado entre estas dos partes de España, este tipo de calle es fruto de condiciones históricas y estructurales de similar condición. Ambas se deben a la existencia del común denominador de la reconquista. También a la evolución política de la creciente aristocratización que en toda Europa, desde la Baja Edad Media hasta el final del Antiguo Régimen, afectó a los municipios gobernados por las oligarquías urbanas de los linajes y parentescos nobles. Bajo la corona de Aragón, las prerrogativas políticas de la clase dirigente fueron muy grandes gracias al Privilegio General concedido por Pedro III, en 1283, y ratificado por Alfonso III, en 1287, a través del cual se reconocían los derechos feudales que reclamaban la coalición de nobles, mesnaderos, caballeros e infanzones de los reinos de Aragón, Valencia y Ribagorza, además de la ciudad de Zaragoza. Primero la expansión del Principado de Cataluña y después el asentamiento urbano de la nobleza por medio de los repartimientos hicieron que las ciudades de las fronteras sucesivas acabasen reforzando el papel de los "caballeros de conquista", los "ciudadanos de inmemorial", los prohoms (prohominis), que constituían los "ciudadanos honrados" o nobles. Las prerrogativas concedidas por Jaime I en Valencia y el reconocimiento con dignidad del privilegio militar por Alfonso V, en 1420, hicieron que la nobleza de origen catalanoaragonesa sentase sus reales con un arraigo que ni Felipe V con la Nueva Planta, como han señalado los historiadores, pudo modificar sustancialmente tanto en su estatuto jurídico como en su jerarquía social. Los nobles, con alcurnia de origen guerrero, fueron los creadores de los linajes urbanos, en los cuales hay que englobar desde la alta nobleza patricia hasta los caballeros procedentes de las milicias o caballería ciudadana, caballeros de cuantía o premia encargados de vigilar y guardar las puertas de las murallas. Estos nobles de menor categoría social y económica son los que en la Provenza y en el Languedoc se denominaban "chavaliers

citadins”. Sin insistir más en esta cuestión, ya que en el término “cavaller” resulta ambiguo y a partir de un momento designa de manera general al noble, señalemos que de los linajes urbanos salieron los bandos que con sus rivalidades trajeron las contiendas entre familias, hasta el punto que para impedir sus luchas tuvieron que intervenir pacificadores como San Vicente Ferrer. Por otra parte, recordemos que el *Llibre de l'ordre de cavalleria* es obra, en 1275, del mallorquín Ramón Lull y que la mejor novela de caballería *Tirant lo Blanc*, del valenciano Joanot Martorell, se publicó en 1490, en la ciudad del Turia. También que en toda Cataluña y Valencia la nobleza, junto a una activa burguesía, fue preponderante en lo político. El alemán Jerónimo Münzer, en su *Viaje por España*, de 1494 a 1495, señalaba los muchos caballeros y nobles que habitaban la rica y poderosa ciudad de Valencia.

En Cataluña son dos las ciudades que cuentan con una calle de Caballeros: Tarragona y Lérida. Ambas marcan los límites primitivos del Principado. Tarragona, situada sobre un pequeño promontorio sobre el mar, en un lugar estratégico de paso de la más importante vía que une Narbona con Cádiz, fue en principio un reducto militar romano, la Colonia Julia Urbs Triumphalis Tarraconensis. Tras la ciudad visigoda y el dominio árabe, abandonada hasta comienzos del siglo XII, la urbe fue restaurada entre 1129 y 1150. Repartida entre los condes catalanes y el arzobispado en el siglo XIII la ciudad organizó su régimen municipal con un consejo de ciudadanos y un sistema de cónsules. El papel de la nobleza fue decisivo para el gobierno y la guarda de Tarragona. En el viejo casco antiguo, perpendicular a la Calle Mayor, se encuentra el carrer de Cavallers, que un cronista local ha calificado de “rancia calle”, en tiempos lugar de residencia de nobles familias. Jalonada de las viejas mansiones medievales de los Foixá, Montoliu, Ixart y Castellarnau, que con sus austeros patios y restaurados interiores albergan instituciones culturales, la calle de Caballeros sigue siendo una zona noble y de gran prestancia urbana. Iniciada con la fachada del edificio de la Generalitat, comprendida entre la Calle Mayor y la de Rindecols, el recorrido de sus palacios se acaba en la Plaza del Pallol, pintoresca y monumental con edificios de estilos diferentes que van desde el arte romano hasta el gótico y el renacimiento.

En Lérida, el Carrer de Cavallers o calle de Caballeros es aún hoy en día una de las vías urbanas más importantes de la ciudad vieja. Su papel histórico sigue estando vigente, al igual que sucede en Valencia, en la calle del mismo nombre, al formar parte esencial de la estructura viaria de la urbe. La ciudad de Lérida, asentada al pie de una colina, a orillas del río Segre, que domina una vasta y ubérrima campiña, llana y bien irrigada, fue desde la prehistoria un puesto militar de suma importancia. La Ilerda romana, sede episcopal visigoda y durante la época sarracena frontera norte de al-Andalus, tras la reconquista cristiana, en 1149, por el conde Ramón Berenguer IV y Ermengol VI de Urgell, con un régimen municipal de consulado, transformado luego en el consejo general de la Paeria, acabó convirtiéndose en una ciudad de fuero real. El papel de los ciudadanos honrados, es decir de los nobles, fue decisivo en

su historia. La llamada calle de Caballeros, estudiada a fondo, como todo lo que se refiere a Lérida, por el magnífico historiador que fue Josep Lladonosa i Pujol, es el reflejo de un pasado en el cual el gobierno de la ciudad estaba en las manos de los patricios urbanos. Perpendicular a la Calle Mayor, la antigua Vía Augusta, la medieval carrera maior, la calle de Caballeros sube de la ciudad baja hasta la acrópolis ilegerta, en donde se encontraba el alcázar musulmán de la zuda y todavía se alza la catedral vieja o Seu Velha. Durante la época islámica, la calle de Caballeros, llamada entonces Peu de Romeu, separaba las comunidades mozárabes y cristianas de la hebrea o judaica. Con el repartimiento cristiano señaló la demarcación parroquial. Según los documentos, la calle estaba ya poblada por “prohoms del Romeu” y ciudadanos “honrats”. Ahora bien, el nombre de Carrer de Cavallers no lo adquiere hasta el siglo XVI, lo que nos muestra que su denominación es más el producto “a posteriori” de una designación popular que un apelativo dado desde su origen. Primero es la función y después el nombre. La calle, que parte de una de las encrucijadas urbanas más animadas de Lérida desde la Edad Media hasta nuestros días, tuvo mayor boato y mejores vecinos en el pasado que los que tiene actualmente. Sin embargo, conserva todavía cierto lustre que le confiere la vieja pátina de sus edificios, como la capilla de Santiago, el antiguo convento del Roser, hoy Biblioteca y Archivo Histórico, y la dieciochesca Fuente del Roser, de 1778.

Dentro de Cataluña y anteriores a estas dos calles, hay que contar con una calle noble, cuya nombre es sinónimo del más alto grado social. Nos referimos a la Calle de Ciutadans en Gerona. No queremos aquí trazar de manera pormenorizada la historia de una ciudad cuyo origen se remonta a la tribu ibera de los ausetanos y que en época romana se convirtió en un oppidum o plaza fuerte en el recorrido de la Vía Augusta. En su parte baja antigua, en el Barri Vell, se encuentra la calle citada, de traza medieval y aristocrático porte. Una serie de casas señoriales, con sus grandes portadas y patios, la jalonan. Allí vivieron los Berenguer, los Solterra, Foixá y los Cabrera, estos últimos en la casa de los Agullanas, también llamada palacio del vizcondado. No en vano los Reyes Católicos, cuando, en 1493, visitaron Gerona, se alojaron en la casa-palacio de Solterra, cuyo espléndido patio gótico es una muestra de las casas en que habitaban los “ciutadans” gerundenses, es decir, las personas de más alta consideración en la escala social medieval. Como se sabe, había en la Cataluña medieval tres estamentos: “ma major” -ciudadanos y caballeros-, “ma mitjana” -mercaderes y juristas- y “ma menor” -labradores y menestrales. La calle de ciutadans honrats (cives honorati) era el no va más de la nobleza antigua catalana.

LAS CALLES DE CABALLEROS EN ARAGÓN.

En Aragón son muy pocas las calles que tienen el nombre de caballeros. Los límites un tanto confusos entre Aragón y Cataluña tras la fusión del reino con el

principado al morir Alfonso el Batallador, fruto del casamiento de Ramón Berenguer y Petronila en 1151, hacen que nos resulte difícil dilucidar las influencias y papel social de sus noblezas. En Barbastro y Tamarite de Litera, ambas poblaciones en la provincia de Huesca, se encuentran sendas calles intramuros llamadas de Caballeros. Con casas hidalgas de los siglos XV y XVII, mencionemos en la segunda población las de Cariello y Carpi y PuchRios. En la ciudad de Teruel, con otro sinónimo de calle noble hay que mencionar la llamada de los Ricos Hombres, hoy de los Amantes. En ella habitaban los nobles turolenses. El apelativo de Ricos Hombres servía para designar, al igual que “ciutadans honrats” en Cataluña, la más alta jerarquía social. En el Tesoro de la Lengua Castellana, Sebastián de Covarrubias nos dice que el nombre de Rico-hombre, *de origen godo*, tenía dos significaciones, *una es ser noble un hombre la otra es ser bueno, que por su persona merece ser honrado y estimado*. A su vez el *Diccionario de Autoridades* (1737) tras hacer el distinguo entre Rico Hombre y Hombre Rico, dice que Ricohombre se reserva para designar la más alta y antigua nobleza, tal como todavía lo confirma el actual *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*. Teruel, ciudad de Frontera, con Fuero del año 1177 del rey Alfonso II, fue ciudad eminentemente militar en la extremadura aragonesa. Sus linajes urbanos y luchas de banderas -recuérdese la historia de los amantes, hijos de dos familias rivales- y la historia de la Real Militar Compañía de Caballeros de San Jorge, fundada en 1260 por Jaime I, lo mismo que las antiguas torres de sus murallas, son una muestra de que su calle de los Ricos Hombres era más que un símbolo urbano. En Mosqueruela (Teruel), villa serrana del Maestrazgo, según nos informa el erudito Cristobal Guitart Aparicio, hay también una calle de Ricos Hombres, de vetustas casonas con aleros y artísticas ventanas.

EL “CARRER DE CAVALLERS” EN VALENCIA.

En su avance hacia el sur, el rey Jaime I reconquista los territorios del futuro reino de Valencia. En los nuevos territorios, al sur de Tarragona, crea ciudades y hace el repartimiento de las existentes. La nobleza desempeñará no sólo el protagonismo de la reconquista sino también, con sus privilegios, contribuirá a la organización y desarrollo del gobierno municipal en los nuevos núcleos y en las poblaciones incorporadas a la corona de Aragón. De capital importancia serán Castellón de la Plana, ciudad establecida entre el Riu Sec y el Barranc de Fraga, a cuatro kilómetros del mar. De planta casi regular, su asentamiento es más el de un sinecismo, un ordenamiento de la población instalada anteriormente, que una fundación de traza ex-nihil, dentro del tipo de la cuadrícula de una bastida. Intramuros, en el viejo casco histórico, partiendo de la Plaza Mayor, se encuentra el Carrer de Cavallers o calle de Cavalleros, acerca de la cual Luis Guarner, en su libro *Valencia. Tierra y alma de un país* (1974), decía que en ella *no hace mucho, se podrían ver todavía algunas*

casonas nobiliarias con portal blasonado. En la esquina, ya desfigurada, una casa renacentista, transformada en tienda. Diferente en su función de la más amplia y larga Calle Mayor, la de Caballeros, que acaba en la judería, hubo de ser la vía aristocrática de una población que geográficamente marcaba una etapa entre Barcelona y Valencia. En Sagunto también hay una calle con igual apelativo. La que fue villa ibérica y ciudad romana y luego cristiana bajo el nombre de Morvedre, con Calle Mayor y Calle Real o Carrer Real, tiene su correspondiente Carrer de Cavallers. Pese al paso del tiempo y al vandalismo arquitectónico que ha sufrido la vieja ciudad, esta calle, que une la Plaza Mayor o Plaza del Mercado con el portal de Terol o de Santa Ana, forma un eje importante dentro del casco histórico, conservando todavía cierto aire señorial.

En 1238 capitulaba Valencia. Con la toma de la ciudad del Cid, el rey Jaime I el Conquistador culminaba su empresa de expansión hacia el sur. El avance cristiano era entonces difícil de parar por parte de los sarracenos. En 1248, diez años después de la conquista de Valencia, el rey castellano Fernando III el Santo entraba en Sevilla. Las nuevas fronteras consolidadas en la década siguiente durarán hasta finales de la Edad Media. Tanto en Valencia como en Jerez de la Frontera o en Ciudad Real, fundada en 1255, el final del siglo XIII fue el de la consolidación de los nobles en tanto que defensores y guardas de las ciudades y el inicio de su toma de posición, cada vez más intensa, respecto al gobierno municipal. Valencia quedará dividida en dos grandes sectores, el catalán y el aragonés, y tendrá una normativa, el costum, para regir la ciudad. El papel de la nobleza en el gobierno ciudadano fue decisivo, sobre todo según avanza la aristocratización de los cargos edilicios y fue paralelo al proceso de cristianización urbana de Valencia, llevado a cabo sobre todo durante el siglo XV.

El antiguo Carrer Major de Sant Nicolau, que en 1378, en el Manual de Consells, aparece con esta denominación, a la que se le añade "appellat de cavallers", es dentro de la estructura urbana de Valencia una de sus arterias principales. Posiblemente sigue el trazado del decumanus romano. Su recorrido, que va desde la plaza de la Virgen hasta la plaza de San Jaime, prolongándose con la calle de Quart hasta la puerta de la muralla del mismo nombre, constituye un eje fundamental de la ciudad, el de la salida a Castilla en la dirección noroeste. El Cid entró a la ciudad por esta vía. La calle no sólo ha estado y sigue estando habitada por la nobleza sino que es paso obligado, al igual que la calle Bolseria, de la procesión del Corpus Christi, que tanta importancia siempre ha tenido en Valencia. En la Calle Cavallers se encuentra el Palau de la Generalitat y, en el pasado, la Casa de la Ciudad, derribada en 1860. Vía de asentamiento de las instituciones públicas, la calle de Caballeros, que regularizó su trazado en el año 1370 con la construcción de las grandes mansiones nobiliarias, desde principios del siglo XV adquirió una prestancia singular. En una ciudad en la cual existen esparcidos gran cantidad de palacios, la acumulación de edificios distinguidos en la calle de Caballeros supuso una imagen prócer de lo

Una tipología urbana: la calle de Caballeros en España

urbano. No es extraño que Juan Luis Vives, en sus *Diálogos*, exclamase a su propósito *¡Qué edificios! ¡Qué bella ciudad!* También que algún autor moderno como el historiador del Arte Don Elías Tormo, autor de una completa guía de *Levante* (1923), lamentase que calle tan principal hubiese perdido *en pocos años muchos de sus magníficos caserones*. Si se tienen en cuenta, tal como puntualmente lo estudian Trinidad Simó y María Jesús Teixidor, que la calle de Caballeros con la desamortización eclesiástica y la desvinculación de los mayorazgos decayó, al partirse muchos palacios, cambiar de propietario, alquilarse para negocios y tiendas sus bajos, se comprende que sus transformaciones afectasen en gran parte, a su antañona imagen. Ahora bien, aunque muchos de sus edificios, en el siglo pasado, a partir de 1840, desfigurasen sus fachadas modernizándose de acuerdo con la arquitectura de la ciudad burguesa en aras de la moda y el “progreso”, lo esencial de su primitivo espíritu todavía perduró.

La valenciana calle de Caballeros es todo un símbolo urbano. Su categoría urbanística marca el corazón de la vieja ciudad. Relativamente irregular en el trazado y heterogénea en su arquitectura, con edificios que van desde el siglo XV hasta el modernismo de principios de nuestro siglo, Valencia conserva, sin embargo, una gran unidad. Formando una ligera curva y con un alineamiento que ligeramente se quiebra con algunas edificaciones que se adelantan o se dilatan con los abiertos espacios de las plazas de Manises y del conde de Buñol, la trayectoria visual de la calle ofrece una gran paridad constructiva. Continuo urbano en el que se ha respetado la uniformidad de alturas, la diversidad de las fachadas no rompe la consonancia y homogeneidad del conjunto, en el cual dominan los bloques compactos de los palacios, con sus grandes portadas y patios interiores, que proclaman la grandeza de sus moradores a la vez que señalan la existencia de un mundo privado cerrado a los ojos indiscretos de los curiosos. Únicamente las galerías o logias de los altos miradores o de las torres se abren al arroyo público. Amurallados, protegidos y aislados del exterior, sus dueños siempre quisieron mostrar, por medio de su arquitectura señorial, cual era su implantación y apropiación de la ciudad. El dominio del barrio y del terreno público aledaño a su mansión era una manifestación más de su poder civil. De todas las calles de Caballeros de la península, la valenciana es sin duda la más completa y representativa, la que todavía funciona como un organismo vivo de la ciudad tradicional, como un legado de la Historia.

COLOFÓN MODERNO Y “PINTORESCO”.

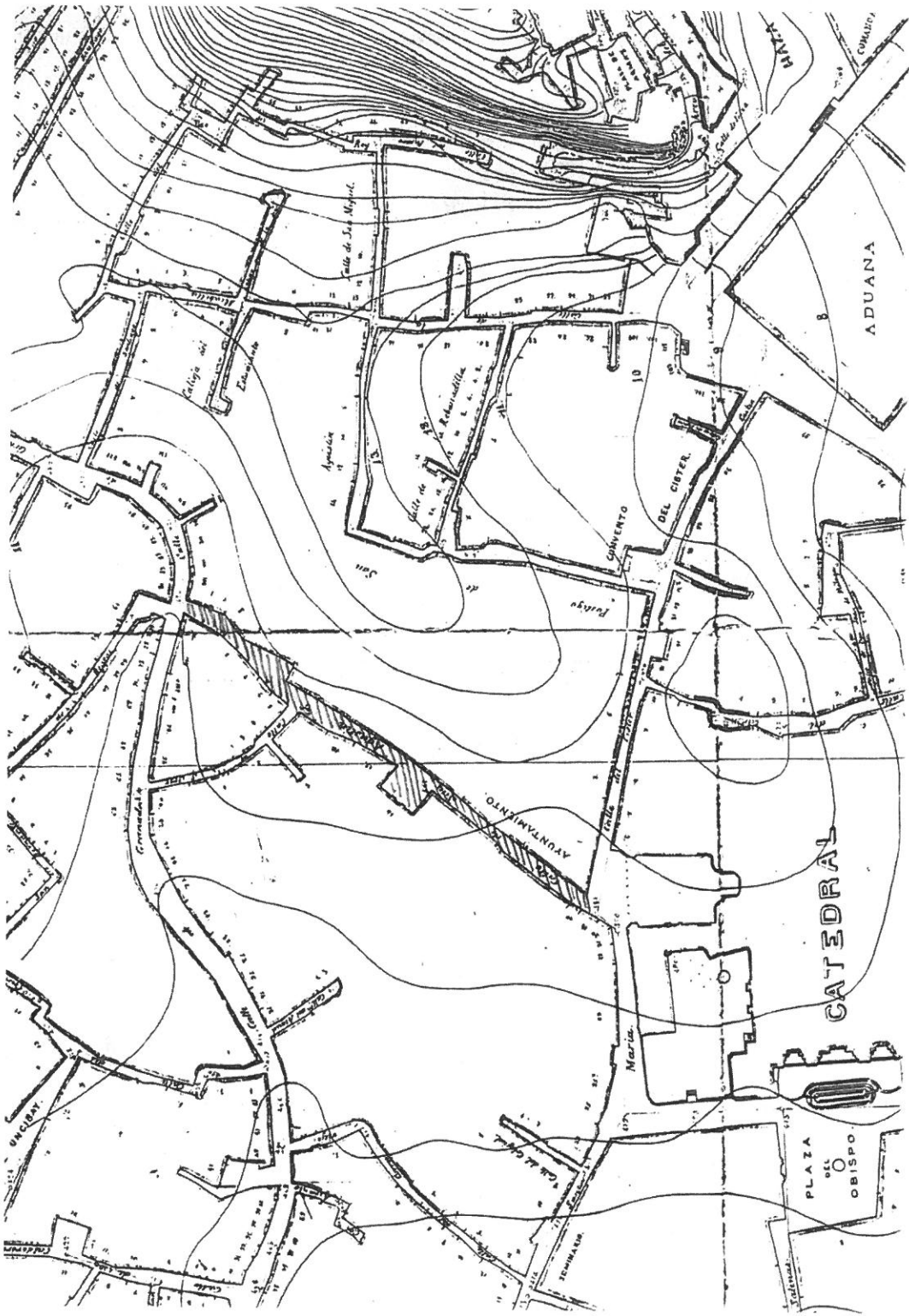
Ante tan interesante tema de historia urbana surgen varias preguntas. ¿Todas las calles de Caballeros que reseñamos responden a un mismo tipo? Tanto las castellanas y andaluzas como las catalanas, aragonesas y valencianas ¿tienen un común denominador formal e histórico? Se puede afirmar lo mismo de las

“Herrenstrasse” de los países germánicos? No cabe duda de que todas ellas, con sus diferencias arquitectónicas, son el resultado de idénticas condiciones, producto de una sociedad estamental, en la cual la cúspide de la pirámide social es la dominante. La minoría noble formada por los magnates titulados y los caballeros será la que, con sus mansiones, dará magnificencia a la ciudad. Su acción, que siguió los pasos de la reconquista, fue tomando cuerpo según avanzaban hacia el sur. Incluso la encontramos en la expansión fuera de la Península. El reino de Aragón, que en 1323 conquistó la isla de Cerdeña, la cual perteneció a la Corona española hasta 1714, dejó en el casco viejo de Cagliari una calle llamada de Caballeros. En América, por regla general, hay siempre una calle que parte de la Plaza Mayor, en la que se agrupaban las mansiones de los conquistadores y que todavía, en las poblaciones pequeñas, constituye el lugar de residencia de las clases altas de la población. El tipo de calle noble hispánica se distingue por sus casonas blasonadas, de labradas portadas, amplios balcones y torres con miradores. No en vano Felipe II, en sus *Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de las Indias*, dadas en el bosque de Segovia en 1573, decretó que se procurase no sólo que “en quanto fuere posible que los edificios sean de una forma por el ornato de la población” sino también que “quando los indios las vean les cause admiración y entiendan que los españoles pueblan allí de asiento y no de passo y los temen para no ossar offender y respeten”. El papel mediático de la arquitectura feudal continuaba siendo, en nuevas tierras y bajo nuevas formas, el símbolo esencial del poder.

Para terminar visitemos el Pueblo Español de Montjuic, creado para la Exposición Internacional de Barcelona en 1929. Creación de los pintores Miquel Utrillo y Xavier Nogué y realización de los arquitectos Ramón Reventós y Francesc Folguera, en esta pequeña y ficticia ciudad, que reproduce una serie de edificios históricos españoles ordenándolos como si se tratase de una auténtica población del pasado, hay una calle de Caballeros. A lo largo de su recorrido se encuentran en una secuencia arquitectónica de dimensiones reducidas, entre otras mansiones nobles, las altivas casas señoriales de los Golfines de Cáceres, la Casa de Juan Bravo de Segovia, la Casa de Sos del Rey Católico (Zaragoza), en donde nació el rey Fernando el Católico, la Casa del Doncel de Sigüenza (Guadalajara) y la casona de Doña Leonor de la Vega o del Marqués de Santillana, en Santillana del Mar (Santander), entre otras castellanas y leonesas. La calle de Caballeros cercana a las murallas y puerta principal del Pueblo Español se diferencia de la calle de Mercaders, la calle Davallada, calle Arcos o el Rincón del Triste. En ella se ha querido condensar y proporcionar la imagen de un tipo de calle noble que, como aquí podemos constatar, tenía su progenie y prosapia propia. Interesante es, para nosotros, tener en cuenta las reflexiones que en varias publicaciones suyas ha hecho el arquitecto Oriol Bohigas acerca del Pueblo Español. Diferenciándolo del pintoresquismo del “Borgo medievale” de Turín, de 1884, y de los Villages Suisses y Flamands, en Ginebra y Amberes respectivamente, Oriol Bohigas ha vinculado el Pueblo Español al moder-

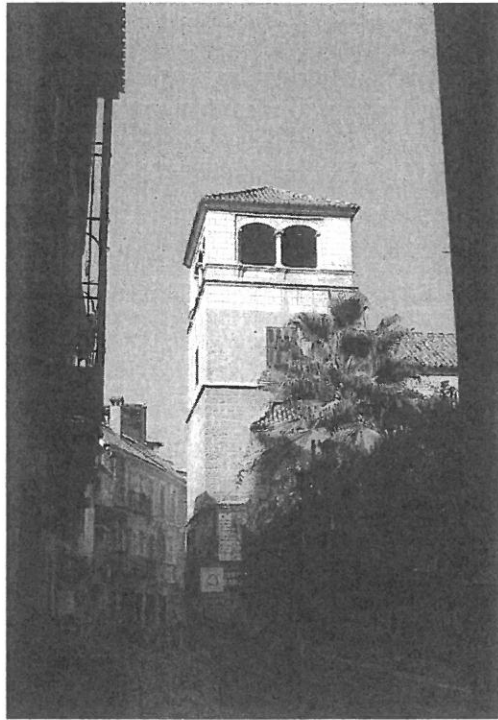
Una tipología urbana: la calle de Caballeros en España

nismo catalán. Fruto tardío de las ideas figurativas, de este estilo finisecular el Pueblo Español de Montjuic es, además de un pastiche inteligente, una creación urbanística en la que intervinieron conceptos de la ciudad entendida como una unidad orgánica. Sus espacios urbanos, pese a su escenografía, corresponden a una ciudad pensada por unos urbanistas que conocían las lecciones de Camilo Sitte, cuyo libro *Construcción de Ciudades según Principios Artísticos* (1889), traducido al castellano publicó, en Barcelona, en el año 1926, el arquitecto Emilio Canosa. No hace falta insistir en que tanto Utrillo y Nogués como Reventós y Folguera, que viajaron en automóvil a lo largo y ancho de toda España, en busca de los modelos para su Pueblo Español, al llamar a la Calle principal y más noble de su pequeña ciudad, la “calle de Caballeros” dieron en la diana. Al igual que las “Main Street” de las modernas Disneylandias, es todo un compendio de arquitectura y urbanismo. Su acierto hoy nos asombra, aunque en un extraño lapsus olvidasen Cataluña y Valencia en virtud de su particularidad. El valor emblemático del Pueblo Español de Montjuic queda así perfectamente refrendado. Su calle de Caballeros es el símbolo mismo de una historia urbana todavía presente en los antiguos cascos de nuestras viejas ciudades históricas, alguna de las cuales, son hoy modernas metrópolis.



1.- Málaga. Plano de Pérez de Rozas (1863). Detalle. Se resalta la calle de San Agustín, antigua.

Una tipología urbana: la calle de Caballeros en España



2.- Málaga. Calle San Agustín.



3.- Málaga. Calle San Agustín.